

El duelo del *pied-noir*: una reflexión acerca de la representación del Protectorado en la novela española actual

Vicente Moga Romero

En una reflexión general sobre el Protectorado en la novela española actual cabe retroceder hasta 1859, fecha en la que España irrumpe militarmente en Marruecos. Ese mismo año se edita en Londres la novela de Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*; su mítico inicio podría figurar como lema heráldico de la enciclopedia imaginaria de la literatura española sobre Marruecos: “Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas”.

1859 fue el estallido, pero los orígenes de este fulgor son muy antiguos. Los textos de historia literaria apelan al imaginario de Al-Ándalus y Sefarad para intentar explicar el enraizamiento de un conflicto Norte-Sur, con el Mediterráneo de testigo del triple desgaje de las tres religiones del Libro: cristiana, musulmana y judía; un conflicto que acumula siglos de desentendimiento y que ha nutrido las miles de páginas que España ha producido sobre Marruecos.

El peso de las circunstancias históricas ha deparado un desconcierto ideológico que, revivido desde el presente, impregna la percepción alterada del “otro” para salvaguardar la imagen de la superioridad del europeo fren-

te al africano, de la Cristiandad versus el Islam, de “la civilización de las tres emes: el militar, el misionero y el mercader, [quienes] con la coartada de su propia justicia moral, se lanzaron ciegos a llevar la antorcha de la fe y del progreso a la llamada barbarie” (Miranda: 1998, 306).

1. Orígenes y espoletas

El ciclo de los textos coloniales sobre Marruecos, abanderado en 1859 por el *Diario de un testigo de la guerra de África* de Pedro Antonio de Alarcón, queda desplazado en 1893 por el traslado del campo bélico de una punta a otra del norte de Marruecos. Si el primero centra sus focos históricos y ficcionales en lo que poco después será la región occidental del Protectorado, con Ceuta-Tetuán como tándem propiciatorio, el segundo sitúa su nuevo horizonte en las zonas central y oriental: de Yebala al Rif, con Melilla como presencia ineludible, el recorrido de la novela española estará balizado por los hechos de armas deparados entre 1909 y 1926 y sustancialmente por la fecha fundacional del año 1921.

Los mejores constructores del edificio literario de ese periodo liban en la fecha catártica del 21: las campañas de Marruecos aceleraron el metabolismo social de escritores fundamentales, como Ramón J. Sender, José Díaz Fernández y Arturo Barea, los tres, testigos presenciales, que, como algunos de sus predecesores —Eugenio Noel (1910, 1912), Manuel Ciges Aparicio (1912), etc.—, tras la experiencia africanista, quedaron trasmutados de servidores uniformados de la ideología colonial alfonsina en testigos de cargo de las dictaduras de Primo de Rivera y Franco. Como escribió Arturo Barea (1951, 272), “durante los primeros veinticinco años de este siglo, Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos”. De este periodo, Sender (1923, 1) escribió años más tarde acerca del “cuento grotesco” que supusieron los siete años de la Dictadura de Primo de Rivera:

A veces surgen recuerdos alrededor de los nombres y los sucesos de la Dictadura. La impresión de conjunto que nos dejó aquella etapa es de una beatífica estupidez. Desde los comentarios que el golpe de Estado suscitó el año 23 en Kandussi (Melilla), donde estaba el que esto escribe sufriendo esa broma pesada que el Estado se atreve a gastarnos a los veinte años, hasta la muerte incruenta del pobre general en París, todo transcurre como un sueño.

En 1923, el año que Sender llega a Melilla, se publica el libro de Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*. El conjunto de la novelística española sobre el Protectorado puede verse, en el sentido del humanismo marxista de Lukács, como un sistema de creencias compartidas por es-

critores de diferentes orígenes y generaciones. De desigual nivel de compromiso, el paisaje narrativo de la novela sobre Marruecos aún a teselas de un mosaico todavía hoy confuso. Sin embargo, puede afirmarse, desde la perspectiva actual, que se ha producido en los últimos cuatro decenios una importante renovación en la que se impone una recreación actualizada a las circunstancias del siglo XXI de los que pueden ser considerados los textos fundacionales de la novelística española sobre el Marruecos español: la novela-reportaje *Imán* (1930), el conjunto de siete artículos de *El blocao* (1928) y *La ruta*, segundo volumen de la trilogía *La forja de un rebelde* (1951).

Por otro lado, hay que reconocer que sigue vigente una producción literaria anclada en el pasado, que muestra una percepción deformada a nivel emocional sobre el Protectorado y, en general, sobre Marruecos. Así, si se está de acuerdo en que *Imán* sigue hoy restallando como la gran novela de la guerra de Marruecos, dado el magnetismo que emana este relato catalizador y totémico, también habrá que aseverar que buena parte de la mirada de la segunda mitad del siglo XX e inicios del siglo XXI sobre el tiempo del Protectorado de España en Marruecos sigue vinculada a una irrealidad tentacular. Así, como las galerías de esos espejos cóncavos que devuelven distorsionadas las imágenes, muchos de los textos actuales siguen deformando el aspecto de la realidad a representar. Como denominador común de la narrativa española sobre Marruecos, puede decirse que escribir puede ser, en este caso, un ejercicio para mitigar el dolor y el desasosiego producidos por las campañas militares. En contrapartida, el “otro” no existe más que como una torva sombra. En suma, representa el resultado de una operación mal planteada, cuyos improvisados puntos de sutura no impiden que, una y otra vez, se reabra una vieja herida. En este sentido, con el paso del tiempo, esta visión de la novela ha acumulado dioptrías: padece de presbicia creativa y contagia al lector su fatiga visual.

Sucede algo similar, aunque con un registro muy distinto, de la crítica de Mohamed Choukri a los autores extranjeros que escribieron sobre Marruecos, y que alcanzó incluso a su mentor Paul Bowles, al que —en una entrevista a Jordi Esteva (1996, 4-5)— acusó de tener “una idea muy confusa sobre el país” como otros muchos foráneos, que:

[...] nunca escribieron de una manera objetiva. Siempre trataron a los marroquíes de una manera secundaria. No analizan la personalidad marroquí. Hablan de botones, simples camareros o de cuerpos que les proporcionan minutos de placer. Los marroquíes aparecen tan sólo para decorar. Esos escritores jamás se interesaron por la sociedad marroquí. La mayoría venían para descansar o para gozar de sus placeres. Otros para escribir o terminar alguna obra [...]

Sólo buscaron lo primitivo. En ello se relajan. Se han limitado a escribir sobre lo exótico. No se entristecen por los problemas de los marroquíes. Vinieron un poco como quien va al cine a ver una película de aventuras. A ver saltar a un mono de árbol en árbol; y por supuesto el mono era el marroquí. Eso es lo que éramos para ellos. Simios.

2. Antihéroes de la épica colonial

Por lo que respecta a esta reflexión, está dedicada a recoger algunos ejemplos de la producción narrativa española sobre Marruecos surgida en los últimos cuatro decenios y caracterizada, en su conjunto, por una visión más crítica y objetiva. Este periodo, a efectos de este artículo, arranca en torno a 1976, un año significativo en el que se publica la novela de Ángel Vázquez, *La vida perra de Juanita Narboni*. Esta inclasificable obra da paso a un flujo creativo que aporta novedades narrativas de calado sobre la aventura marroquí. Este inicio de la renovación narrativa española sobre Marruecos estuvo precedido con el de la nueva historiografía sobre el Rif y el colonialismo español, con la publicación de varios libros claves: David S. Woolman (1971), *Abd el-Krim y la guerra del Rif*; Miguel Martín (1973), *El colonialismo español en Marruecos, 1850-1956*; y *Abd el-Krim et la République du Rif...* (1976). Así mismo, estuvo precedida, en el aspecto narrativo, por la publicación en 1970 de *Reivindicación del conde don Julián*, de Juan Goytisolo; la edición árabe, en 1972, de la novela de Mohamed Choukri, *Al Hobs al Hafí*, traducida diez años después al castellano por primera vez con el título de *El pan desnudo*; y de la olvidada novela de Serapio Iniesta García (1974), *Pie negro. Los españoles en la guerra de Argelia*.

Este es el punto de partida de esta aproximación, en clave narrativa, que contempla el análisis de varias novelas recientes, publicadas en un paréntesis temporal que se abre en el siglo XX y se cierra en el XXI. Son obras que, en opinión del que esto escribe, han aportado una renovación a la percepción de la cuestión marroquí. En este mismo apartado hay que mencionar también las reediciones y traducciones de obras poco conocidas, producidas en el periodo señalado. En el primer aspecto destaca la citada trilogía de Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, originariamente editada en español en Argentina en 1951 y por primera vez en España en 1977. A la recuperación de la obra de Barea se ha ido uniendo la de otros escritores que aportan un discurso significativo sobre el tiempo del Protectorado, como José Antonio Gaya Nuño (1966). En el segundo aspecto, incide la reciente edición de la traducción castellana de una obra apenas divulgada, como la

de Josep Maria Prous i Vila (2011), *Cuatro gotas de sangre. Diario de un catalán en Marruecos*, originalmente publicada en catalán en 1936.

Antes de desgranar las novelas elegidas para desentrañar su trama argumental, conviene señalar que en su mayor parte se trata de autores vinculados por naturaleza, o por episodios familiares (fundamentalmente relacionados con las campañas de Marruecos o con vivencias del Protectorado), como explicita María Dueñas en la dedicatoria de su novela *El tiempo entre costuras*: “A las familias Vinuesa López y Álvarez Moreno, por los años de Tetuán y la nostalgia con que siempre los recordaron”.

Se trata de creadores que manifiestan abiertamente guardar una relación “sentimental”, experimentada sobre el terreno geográfico o emocional, con lo que fue el Protectorado. Los diversos estratos de este horizonte incluyen a numerosos novelistas, dado que se puede sostener que la literatura española sobre Marruecos ha experimentado un importante rebrote en los últimos años, pero aquí solo presento algunos.

La nómina de autores podría ser mucho mayor, pues en la novela española sobre Marruecos hay autores que tienen un papel muy completo como Lorenzo Silva, que, además del guion cinematográfico y el estudio especializado, ha trabajado la novela de Marruecos (*El nombre de los nuestros* y *Carta blanca*) y el relato de viajes (*Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*).

En otro contexto, también podría haber escogido una clasificación en torno a la que podrían adscribirse obras de gran interés, que incluyeran las novelas de temática marroquí de Ramón Ayerra (1982), innovador en el tratamiento esperpéntico en su novela *Metropol*; Severiano Gil Ruiz, el autor que posiblemente más haya incidido en el tema de las campañas de Marruecos, aunque su segunda novela, *El cañón del Gurugú* (1992), siga siendo la mejor que ha publicado; *El porvenir del olvido*, de Ángel Castro Maestro (2009), que enraíza en una de las añejas temáticas de la novelística española sobre Marruecos, la sefardí, al igual que Carlos Tessainer y Tomasich (2006); nombres ligados a la literatura juvenil, representada por Ignacio Martínez de Pisón (2000), *Una guerra africana*; Fernando Marías (2001), *El vengador del Rif*; y Fernando Lalana (1990). El caso de este último engarza además con las descripciones de la vida de los soldados durante el servicio militar en “África” como *Plaza de soberanía* de Miguel Bayón (1989), pero el relato juvenil de Lalana tiene una mención especial, porque se convirtió en Melilla, en el periodo en el que se hacía el servicio militar obligatorio, en uno de los libros más vendidos al ser considerado una lectura iniciática de los soldados de reemplazo. Con una redacción muy efectista —“Al sa-

ber que me había correspondido hacer la mili en los Regulares de Melilla, pensé que ya no podía pasarme nada peor...” —, este relato logró en 1991 el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil y tuvo una recreación cinematográfica en 1995 con la película homónima dirigida por Pedro Olea.

Igualmente podría haber escogido autores que escribieron fuera de España, como Juan Goytisolo, uno de los más innovadores, o el menos conocido, pero muy interesante, Agustín Gómez Arcos (1991), *Marruecos*; escritores en lengua catalana, entre ellos Miquel Ferrà i Martorell (2005), *Abdallah Karim, el predicador*, que, al hilo de relatos como el de M. Bouisseg Rekab (2002), explora el laberíntico legado dejado por Abdelkrim y los ecos que todavía despierta; aportaciones de emigrantes marroquíes de segunda generación, casos de las nadorenses afincadas en Cataluña, Laila Karrouc (2004), *De Nador a Vic*, y Najat el Hachmi (2008), *L'últim patriarca*, que retratan los ritos de paso vividos; y también, incidiendo en este último apartado, las novelas de Encarna Cabello (1995) y Germán Muñoz Lorente (2001); o, finalmente, acudir a reediciones recientes de textos “clásicos” dentro de la perspectiva española de las campañas de Marruecos.

La elección de autores es pues subjetiva, aunque las obras escogidas responden a parámetros generacionales y de escritura que pueden ser correlacionados. Así, se trata de autores, en su mayoría, que han elegido para la publicación de su primera novela el tema de Marruecos; que mayoritariamente pertenecen a una generación surgida entre finales de los años cuarenta e inicios de los sesenta; que tienen una fuerte vinculación con Ceuta y, especialmente, Melilla, donde han nacido varios de los autores seleccionados; que retratan a esta ciudad durante el Protectorado como la espoleta de la caja de Pandora de las guerras coloniales; que contemplan que la literatura, en mayor medida que el resto de los textos coloniales y poscoloniales, tiene un papel primordial en la reconstrucción de la memoria; que consideran la novela imprescindible para recrear las aportaciones de las distintas disciplinas científicas — paliar su falta de atmósfera — en el análisis del conocimiento de la realidad social y de la configuración del imaginario; que aprecian en Ramón J. Sender y Arturo Barea su cualidad de maestros de armas de la narrativa antibelicista en España y que *Imán* y *La forja de un rebelde* siguen hoy restallando como las dos grandes novelas de la guerra colonial de España en Marruecos; que, dentro de esta estela senderiana, integran las nuevas voces surgidas en la literatura española respecto de lo que Juan Goytisolo (1982, 7-25) perfila como “Cara y cruz del moro en la literatura”; que son conscientes de la existencia de una confusa “sentimentalidad” acerca de la realidad histórica del Protectorado, y del anacro-

nismo de muchas propuestas textuales —lo que ha llevado a aseverar que el imaginario español del siglo XXI “todavía vive de Muza y Tarik y del Rif” (Juliana: 2001)—; que conocen cómo parte de la narrativa española al uso lastra tanto la realidad como el imaginario, atrapa como una tupida tela de araña la creación literaria reciente y determina su trasfondo ideológico; que asumen que muy pocas novelas españolas alcanzan un equilibrio entre conciencia (veracidad) histórica y recreación (creatividad) literaria, y que en este sentido la *masterpiece* continúa siendo *Imán*; que sitúan al mismo nivel al vilipendiado personaje “nativo, indígena”, al “peligroso rebelde” o al “bravo” soldado; que navegan, a menudo a contracorriente, de la mano de los antihéroes de la “épica” colonial, personajes que desembocaron en el océano del desarraigo, como algunos de sus autores, asimilables, en este sentido, a los *pieds-noirs* argelinos; y que, sin entrar a analizar en profundidad cuáles pueden ser sus motivaciones, se sienten atraídos por el persistente impacto en el inconsciente colectivo español de las campañas de Marruecos, desarrolladas entre 1859 y 1926, así como de sus secuelas en la Guerra Civil. En este último aspecto, también son conscientes de compartir un meridiano común: el de haber estado fascinados por una concatenación de hechos trágicos que se remonta a casi un siglo y que España parece no haber digerido aún, evocando una muerte que no ha tenido su duelo, como la de los miles de soldados sin nombre desaparecidos en Annual, que evoca la fecha de julio del 21, la debacle, la derrota asombrada; que acuña desde entonces el tema de las campañas de Marruecos como un tabú a la vez que un rito de paso, alrededor de los cuales gira una y otra vez la noria literaria de los escritores españoles, afectados por el “síndrome de Annual”; y, casi a continuación, la reconquista del Protectorado, como siglos atrás la de Al-Ándalus, frente a la resistencia armada del “moro”, es la cuna de la gestación del héroe colonial en un proceso paralelo a la del héroe fascista.

3. Ciudades fetiches: Tánger

En el calidoscopio narrativo español sobre Maruecos, el tema de las ciudades, y en especial Tánger, ciudad fetiche, oasis literario, con su excepcionalidad geopolítica, sigue vigente en la novela española actual. Las visiones que ofrece esta ciudad son disonantes: el experimento literario de creadores vinculados sentimentalmente a la cuna hercúlea, como Ramón Buenaventura Sánchez Paños (1998), *El año que viene en Tánger*; las incursiones puntuales de novelistas, como Susana Fortes (2001), con *Fronteras de arena*; y de otros escritores, atraídos por el halo de malditismo evanes-

cente dejado por las sombras de Paul Bowles, Jean Genet, Andrés Moravia, Samuel Beckett, y, sobre todo, el imprescindible Mohamed Choukri.

Choukri manifestó haber escrito *El pan desnudo* en árabe clásico durante dos meses del año 1952, tras desechar hacerlo en español, lengua que dominaba, y que escribió “a través del estómago”. En esta obra autobiográfica, muestra su estima por su ciudad fetiche, Tánger, a la que en 1942 emigró con su familia desde su aldea natal de la cabila de Beni Chicar, a corta distancia de la frontera de Melilla, y donde vivió hasta su muerte en el año 2003.

Los textos sobre la ciudad, que representó para muchos españoles en el Protectorado el paradigma urbanístico y social colonial por antonomasia, presentan una urbe poliédrica y estragada por la acción erosiva del tiempo, que cuenta como su mejor exponente con el retorcido callejero de la *Vida perra de Juanita Narboni*. El texto de Ángel Vázquez (1976) es un monólogo ininterrumpido de la primera a la última página, que cala en el lector como una lluvia tan persistente como intempestiva. Lo que Sender, como enterrador de la Restauración, es a las campañas de Marruecos, resulta Ángel Vázquez a Tánger y, por extensión, al Protectorado, en el oficio de narrar las imposturas habitadas por sombras heroicas y retóricas vacuas.

En el prólogo a la novela, Ángel Vázquez insiste en su intención de “restituir” el lenguaje hablado de unos muy concretos y característicos habitantes de Tánger. Ese “lenguaje inmediato” está impregnado de *yaquetía*, la “particular forma” de expresarse de los hebreos sefardíes, y tiene como vehículo de difusión a una mujer, pues, como Vázquez señala, las tradiciones suelen conservarse por “vía femenina”. Así, el lenguaje es la columna vertebral de Juanita Narboni, “una hija de Tánger”, que en muchos aspectos tiene el referente de María Molina Gil, la madre del autor, la sombrerera Marmita Medina en la novela, quien en su inagotable discurso viste y desviste la cambiante realidad de una ciudad inasible: un retrato a destiempo de un territorio usurpado por la nostalgia.

El Tánger de Juanita Narboni es un arca de Noé llena de personajes excéntricos, que han quedado encallados en la ola final del Protectorado, en el paso de un tiempo a otro, de cuyo proceso su protagonista es consciente de lo infructuoso de presentarle lucha. Acompañada durante gran parte del relato por su criada tangerina —la “Memloca de Hamruch”— y los espectros familiares, Juanita Narboni hilvana un discurso preñado de referentes cinematográficos. Imagina la vida a través de las distintas pantallas que Tánger le propone, como una heroína a contracorriente. Permanentemente en estado de desasosiego, siempre con la risa cínica en la punta de la lengua, afilada como un espadín —“Tengo la lengua pronta para

juzgar a los demás” (Vázquez: 1976, 246)—, deambula en una ciudad aparentemente fácil y cómoda, golpeando espejos invisibles en los que vislumbra la larga sombra feliz de la “puta” de su hermana, que voló del nido familiar, la figura de un padre distante, perseguido por el olor de su tabaco *Amsterdamer*, y la madre que la abandona en última instancia y cuya pérdida —simbolizada en el relato por el extravío de una fotografía de la madre con “marco de plata”— trastoca su vida y la estructura de la propia novela.

Figura mestiza en todos los sentidos —“Mira, mi bueno, gracias a Dios hemos nacido en una ciudad donde no somos ni del todo cristianas, ni del todo judías, ni del todo moras. Somos lo que quiere el viento. Una mezcla”—, Juanita Narboni es “inglesa de pasaporte”, por el padre, pero se siente española por la madre: “Fascinados. Se quedaban fascinados. ¿Qué entienden ellos? Unas mujeres inglesas de pasaporte, andaluzas de sangre y pasadas por Tánger, lo comprendo, de caerse muerta” (Vázquez: 1976, 103).

Habitante de un mundo propio construido con múltiples trucos, a la que le “encanta disparatar”:

Nunca tuve nada de qué arrepentirme, porque mi vida ha sido una vida en blanco, clarita y cernida como la arena de esta playa, fabricada grano a grano con el sufrimiento. No tuve marido que matar ni perro que alimentar... Yo soy como una muñequita, conmigo resulta siempre fácil dialogar, invito a la confidencia, lo descubrí siendo pequeña... (Vázquez: 1976, 125).

A lo largo de todo el relato, Juanita Narboni se muestra hipersensible e hipercrítica: “Mi vida se ha convertido en un dictado lleno de faltas” (Vázquez: 1976, 141). Nada escapa a su radar. Testigo de un mundo que se derrumba, pero empedernida jugadora de las palabras, atisba, sin poder reaccionar, los requiebros de la historia:

No entiendo a los hombres de negocios, mamá. Hace una semana me recomendaba que no vendiera la casa, y ahora insiste en que debo venderla cuanto antes. Por lo visto en París se ha enterado de cosas. Nos esperan tiempos terribles. “C’est fini le Maroc” me explicó la prometida. “Tánger, kaputt”. Yo creo que es polaca. Te advierto que estuve a punto de contestarle: para mí fue kaputt toda la vida, no tengo nada que perder, pero me contuve (Vázquez: 1976, 158).

Juanita Narboni está imbuida de una consciente condición solitaria que marca el título de la novela: “A la hora de la verdad, nadie. Te dejan sola como si fueras un perro. Eso es lo que eres. Un perro de mierda. ¡Hamruch, Hamruch! ¿Estaré enamorada de ti? Por lo menos, eres lo único que tengo” (Vázquez: 1976, 224).

El deterioro de Juanita Narboni marca también el proceso destructivo del Tánger que conoció: “Las ciudades también mueren, y las ciudades alegres y confiadas como la nuestra, con más razón, mueren sin enterarse

siquiera de que ya están muertas” (Vázquez: 1976, 252-253). Con esta claridad, su desmadejado verbo cierra el telón de su tiempo, recoge la bandera de lo que una vez soñó que era un sueño, pliega las velas de su averiada nave y sentencia, pese a que no ha parado de disparatar y de hacer disparates durante toda su vida y “que llevas años y años hablando con una muerta” (Vázquez: 1976, 268):

Pero la opereta se acabó. Ahora están interpretando en ese mismo decorado una tragedia en árabe. Yo ni me entero. Más vale así, porque si me enterara, sería de lo peor. Ni los nesranis ni los lijudis figuramos en el reparto. Nada de judíos ni de cristianos, ellos solitos, y como es una tragedia, acabarán matándose... Cuando le preguntaba a la desaparecida de Hamruch me contestaba disparates: que el Sultán estaba sentado sobre la Media Luna y que nos protegería a todos (Vázquez: 1976, 252).

Como señala la novela de Ángel Vázquez, Tánger es una ciudad que ha sido explotada de forma intensiva por la literatura y el cine. La novela española más reciente depara ejemplos de los nuevos tics literarios que, en gran medida, siguen siendo similares a los de años atrás. Los inexpertos y accidentales soldados-artistas de las campañas de Marruecos —el alférez de Ceriñola 42, Sender, el soldado de ingenieros Barea, o, en el plano artístico, el soldado que se autorretrata durante el servicio militar, encarnado por el dibujo a lápiz sobre papel firmado en Batel, 1919, del escultor Alberto Sánchez, “Alberto”— son sustituidos por nuevas generaciones de escritores vinculados familiarmente con la ciudad donde han nacido o donde vivieron sus padres —y, como tales, constituidos en portavoces del desarraigo y de los desasosiegos familiares— o que, por vínculos profesionales, han dado un salto a la modernidad biográfica, caso de escritores como José Luis Barranco que, cuando publica su primera novela, *Encuentro en Tánger* (2009), esgrime que “vive y escribe en Tánger”.

El relato de Barranco es la otra cara del Tánger de Juanita Narboni. Se desarrolla en el tiempo actual y se hila en el enamoramiento de un hombre por una prostituta a la que conoce en “la trinchera de una barra...” de un local nocturno de Tánger. La trama que se desarrolla en la Tánger contemporánea, la ciudad que “se extiende como un gran pubis por la colina”, tiene sus mejores *flashes* cuando enmarca el desigual encuentro entre el opulento norte —conformado por “... compatriotas y foráneos (*techniciens* franceses, ingenieros belgas, algún diplomático inglés...)”— y el deprimido sur:

[...] conocí la mirada torcida de muchachas bellas como mises que nunca lucirían un traje de Christian Dior en París, porque el mundo es diverso y les tocó jugar en el otro campo y enseñar sus cuerpos para comer al día siguiente o ahorrar para pagar el billete de avión o el visado que les lleva a Occidente o para un soborno en una aduana cualquiera...

4. La violencia del atardecer en Quebdani

Más allá de Tánger, existe también la narrativa de Marruecos en relatos que exploran otros tejidos de la presencia española en el norte de África. Uno de ellos es la novela *Kabila*, de Fernando González (1980). Escrita a corriente del tono del periodo, da paso a un flujo creativo que aporta novedades sobre la aventura marroquí. En ella se presenta una novedad radical con respecto a la tradición literaria anterior, ya que la guerra es narrada a través del sargento Ahmed Ben Haki, del segundo Tabor de Regulares número 1 de Tetuán, que, en 1936, recuerda desde esta ciudad lo ocurrido en 1921, en un discurso literario que aflora en una novela a la que el propio González (1980, 7) calificó de heterodoxa:

Dice un poema islámico del siglo XX que la lámina del sable está acostumbrada que la elogien por el metal, pero sólo es útil si está en manos de un héroe. Esto no sucede en KABILA. El que empuña el arma es un ser humano, no un héroe apartado de su origen, desasido de su cultura, es una secuela del colonialismo con su mundo canalla y trágicamente colorista. En KABILA se da un enfoque heterodoxo a los “hechos de armas” acontecidos en el antiguo Protectorado Español en Marruecos, por eso es un relato de malditos.

En esta línea heterodoxa, más en cuanto a contenido que en lo formal para el canon literario al uso, cabe destacar la aparición en 1997 de la primera novela del melillense Antonio Abad (1997), *Quebdani: el cerco de la estirpe*. Se trata de un relato sustentado por la tensión desigual entre colonizadores y colonizados, ambos inmersos en una historia emotiva resuelta con eficacia narrativa por el autor. *Quebdani* es una de las pocas ocasiones dadas a los rifeños para que cuenten con su propia voz —aunque impostada a través de la traducción simultánea que, desde la empatía rifeña, hace el autor— una fábula fatalista y aciaga, recorrida por los malos augurios de los graznidos de las grajillas, tan omnipresentes a lo largo de toda la narración como los estallidos de violencia.

“Mi madre se llamaba Soulami” es la punta de lanza de este relato, que se sostiene en torno a un alambicado triángulo trazado con tres personajes enlazados en torno al molino de Quebdani: el colono Tomás Dávila, dueño absoluto del molino y de sus habitantes; el “hijo de Soulami”, un Beni Urriaguel dejado por su madre en el molino para vengar una afrenta; y Manol, uno de los hijos de Dávila, islamizado como Hassán y, por tal razón, expulsado del núcleo familiar, que es el beneficiario invisible de la narración que desgrana el rifeño.

Los demás personajes giran estrambóticos alrededor del triángulo protagonista, agrupados en círculos concéntricos: el más estrecho, el del clan

familiar, con Aurora Benavides, la esposa de Dávila; los hijos de ambos: el endeble Celestino, la enfermiza María Dolores y Adriana —el amor imposible del “hijo de Soulami”—, Gonzalo y su esposa Luisa Garrido; y Mauro, el perro del molino, al parecer el único amor del despiadado colono; el siguiente círculo engloba a los personajes secundarios: el médico Vicente Moncada, cuya historia es un cruce de las típicas historias de *pieds-noirs*; don Ernesto, el maestro; don Elías, el cura castrense de Quebdani; el teniente Ignacio Villarte, pretendiente de Adriana y la personificación de la represión “indígena”.

El personaje de Dávila, amo del molino y de otras propiedades de la cabila de Beni Said que componen la escenografía de *Quebdani*, es la metáfora del peor autoritarismo del poder colonial: una amalgama de rayos y truenos que descargan con violencia sobre su familia y todo lo que le concierne, pero, en especial, sobre el “hijo de Soulami”. Escorado por una tos de fumador de nubes negras, Dávila es una figura emblemática de lo que representó durante el Protectorado de España en Marruecos una de las peores tipologías del colono que fijó su residencia en las áridas tierras rifeñas. Como respuesta, el “hijo de Soulami”, que encarna un aspecto de la resistencia rifeña, absorbe, como un pararrayos imantado, esta violencia “civilizada” que pretende domeñarlo, para, a continuación, devolverla dosificada y vengativa, con la frialdad de un acero envenenado.

La historia se hilvana a través de una intensa confesión, realizada sin balbuceos —en primera persona y de forma retrospectiva— por un rifeño que, con doce años, es dejado por su madre —“para aprender las costumbres de los europeos” (Abad: 1997, 10)— en un molino cercano al poblado de Quebdani. El lector tendrá que peregrinar hasta casi la mitad de la novela para descubrir que su protagonista-antagonista tiene nombre y se llama “Abd-el-Aziz Zemouri Laarbi”, aunque “ellos” se emperren en bautizarlo “Braulio”.

El sesgo biográfico que Antonio Abad da a su novela forma parte de la esencia de esta, le confiere su vigor y su potencia descriptiva. La trama narrativa se desarrolla en un entorno desolador: “En todo Quebdani el paisaje se hace cruel por donde quiera que se mire” (Abad: 1997, 27). Por otro lado, desde la perspectiva del colono, el corsé que constriñe con duelas de hierro el territorio de Quebdani es meridiano: la cantina, el molino, el cuartel, la escuela..., y el prostíbulo, dominado por “el aroma profundo de la hierba buena y el olor fatigoso del hachís” (Abad: 1997, 181).

Estas declaraciones avisan al lector de que el relato no ofrece una válvula de escape que lo aleje del fatalismo de sus páginas ni de la violencia especular que el paisaje transmite a sus pobladores. No obstante, sí que se

encuentran descripciones puntillistas, de tinturas etnográficas, tan bellas como, por ejemplo, la evocación de la boda de Soulami:

Entonces fue cuando le tatuaron la cara, después le pintaron con *henna* las manos, los pies y los cabellos, y cuando le pusieron dos enormes ajorcas de plata vieja en las muñecas, ni el sebo de borrego, ni la manteca agria pudieron aliviarle el dolor que le produjo la estrechez de aquellos símbolos de desposada que nunca abandonaría (Abad: 1997, 14-15).

Desde el primer capítulo, el autor deja claro el carácter indomable de su protagonista rifeño: “Yo quería hacer de aquel triunfo que obtuvimos en Annual el símbolo de mi carácter y no caer en la frustración y el miedo de la derrota que llegó después” (Abad: 1997, 11). En este contexto, surge un discurso vindicativo, poco común en la novelística española sobre Marruecos, en el que sus argumentos se vuelven contra los colonialistas, como un *boomerang* implacable:

Es difícil entender cómo la libertad de un pueblo puede ser arrasada por otro pueblo en nombre de la libertad. ¿Hubieras comprendido que nosotros hubiéramos llegado a vuestras costas para entrar en vuestras casas, torturar a vuestros hombres, vejar a las mujeres y a los niños, quitaros vuestras huertas, robaros vuestras minas en pleno siglo XX? (Abad: 1997, 18).

Los argumentos son tan claros como contundentes sus planteamientos: “No queríamos ser colonizados. No pretendíamos la inmersión en una cultura que no nos interesaba. Luchamos hasta el final y a punto estuvimos de consolidar una República del Rif ajustada a nuestras creencias” (Abad: 1997, 18). Con esta reflexión aflora la paradoja de que España, con el apoyo de Francia, destruyó esta República, cuando, sin embargo, motivó su irrupción en el norte de Marruecos, con la excusa de civilizar y estructurar un país que —la propaganda oficial no se cansó nunca de apostar a este caballo viciado— estaba sumido en la anarquía.

Tampoco evita Antonio Abad —por medio de su personaje— diseccionar el cataclismo que supuso para el alma rifeña este fracaso. El resultado fue que muchos guerreros rifeños:

[...] se hicieron mercenarios en vez de luchar por nuestra causa y os los llevasteis a otra guerra, curiosamente a una guerra para matar españoles. Se llevaron los españoles a muchos moros para que los moros mataran a otros españoles. ¿Qué locura estaba sucediendo? Te podrás imaginar cuánta vergüenza siento por todo esto y cómo un pueblo se le puede despojar de sus valores más profundos para caer en una situación miserable. Pero mi padre nunca se doblegó (Abad: 1997, 18-19).

Como las aspas del molino de Quebdani muelen los aires en todas las direcciones, la novela deja al descubierto la vacuidad de la retórica del héroe colonial, que, no obstante, sigue vigente todavía hoy en gran parte de

la opinión pública española. Tomás Dávila, como la mayor parte de los españoles del Protectorado, estaba convencido de que en Annual se “escribió una de las páginas más gloriosas del ejército español” (Abad: 1997, 24).

La fatalidad es un personaje coral y envolvente en la novela *Quebdani*. La ciñe con la misma eficacia que una tupida chilaba de lana guarda el calor en la fría montaña rifeña. Este fatalismo lleva a que, paulatinamente, la vida en el molino se convierta en mera supervivencia, y Abd-el-Aziz Zemmouri en el cazador agazapado que lleva dentro.

La trama explota finalmente en el contexto de los sucesos que dieron lugar a la independencia de Marruecos. Dávila, que vivía “como un ser inmortal en su inexpugnable molino...” como muchos otros colonos, no era consciente de lo que pasaba, “de que la Independencia era inminente, que todo lo que él representaba se estaba destruyendo...” (Abad: 1997, 233-234), de que sus objetivos se desmoronaban como el azúcar de pilón en la tetera:

Se había propuesto construir un mundo a costa de otro mundo que pretendía arrasar, de borrarlo de un mapa con inexplicables signos, con otros nombres, con vanas y absurdas palabras que eran de otra lengua, con otras ropas, otras maneras de guisar, aborreciendo el té, la carne de borrego, la cebolla, los higos y las especias que se vendían en los tenderetes del zoco... (Abad: 1997, 235).

Finalmente, el destino encuentra a Dávila y el “hijo de Soulami” cumple la promesa hecha a su madre dejando, de paso, en el molino, un rosario de cadáveres. Con la muerte de Dávila se culmina el ciclo de la historia de la descomposición de una familia de colonos, tiranizada por su amo, pero incapaz de rebelarse ante él. Es también la alegoría final del Protectorado y la del comienzo de una nueva historia para los rifeños.

5. El tiempo de las narradoras

En las primeras décadas del siglo actual se editan diversas novelas sobre Marruecos que pueden adscribirse a la llamada literatura de género. De la nómina de autoras que la integran se han elegido unas pocas, cuyas propuestas narrativas muestran aristas significativas y diversas. Entre estas, se hallan las de las escritoras Encarna Cabello (2000), Marián Izaguirre (2005), Esther Bendahan (2006) y María Dueñas (2009).

Alizmur, la segunda novela de Encarna Cabello (2000), enlaza los temas fetiches de su autora, la sexualidad entre “desiguales” culturales, religiosos o étnicos, con el telón de fondo de la situación actual de la mujer en el Rif y la emigración como necesidad no solo económica, sino también afectiva. En estos aspectos enlaza con otra novela suya publicada anteriormente como *La Cazadora* (1995).

De mayor calado es la novela de Marian Izaguirre (2005), *El león dormido*, que debe este nombre a las formas que toman las rocas de la cumbre, en las inmediaciones del *yebel* Hamman, la morada de los genios rifeños, los *yenún*. En ella —como en los casos de Cabello, Bendahan y Dueñas— la autora utiliza a una mujer como narradora. En esta ocasión el hilo conductor se llama Lucía Osman, hija de padre español y madre marroquí, que, tras la muerte de esta, es vendida en 1918 por su padre en un burdel de Melilla cuando solo tenía doce años. Pronto aprenderá la mestiza Lucía que el tiempo “devora la realidad” y que sobrevivir exige adaptarse a las circunstancias y a convivir con los personajes de su nuevo universo: los externos (Gerald Holbrooke, fotógrafo inglés; Pablo Ferrer, periodista madrileño en crisis creativa, que reside solo en Madrid, recién abandonado por su mujer, Miranda, y con una hija adolescente, Sara, que vive con su madre; Guillermo Varela, su fotógrafo), y los “actores” del burdel (Max, el pianista; doña Rosita, la madama; el enigmático portero Ahmed, subastado en 1937 en la plaza de Uta el Hamman en Xauen; Juanito Serra y su hijo *Azzemmur* —en rifeño, olivo silvestre—; etc.).

Esther Bendahan nació en Tetuán en el seno de una familia judeo-sefardí española, un hecho que invade sus novelas y las dota de una personalidad propia, un aspecto que se aprecia en especial en su tercera novela *Déjalo, ya volveremos* (2006). Se trata de un texto que también podría incluirse en un epígrafe dedicado al desarraigo, pues quizá debería haberse titulado *Serkeá*, como comentó la autora en la presentación en Melilla de su anterior libro *Deshojando alcachofas* (2005).

Serkeá es una palabra-concepto que designa en jaquetía esa expresión tan tangerina de alejar y acercar las cosas con un trasfondo filosófico y un tanto de “déjalo ahí” (el armario, el libro, la flor, ¿las emociones?...), que ya volveremos a recogerla (en otras circunstancias, en otro tiempo, con otras manos, ¿con otros sentimientos?...). Un reflujo que evoca “la ida del fumo”, de *La vida perra de Juanita Narboni*, expresión indicadora de que alguien se ha volatilizado definitivamente como el humo.

El transcurso del tiempo y las circunstancias tornan imposible, aunque su evocación fluctúa entre la disonancia cognitiva y lo onírico, donde la categórica afirmación del inicio de la novela —“Uno es del lugar donde aprende a separar la luz de la oscuridad. Vivía en el norte de Marruecos, en Tetuán” (Bendahan: 2006, 94)— termina por naufragar en el desarraigo: “... uno deja los sitios, pero nunca los abandona”. Así, en este relato, la ciudad sefardí de Tetuán es el principal personaje-topos. En él, sus cuaderñas se comportan como una nave a la deriva, cuyo armazón repleto de oque-

dades, transparencias y veladuras cromáticas alojara en su seno la historia de otro buque —este real— el *Pisces*, que naufragó en las costas cercanas a Alhucemas. Su cargamento: un puñado de judíos procedentes de Tetuán rumbo a Eretz Israel. Cometas sesgadas de la tierra de los sueños, enterradas en el cementerio español de la bella Alhoceima. El relato, que la autora compartimenta en cuatro capítulos, constata el cambio surgido entre judíos y musulmanes en Marruecos desde 1948, fecha de la creación del Estado de Israel, y su agudización a partir de la independencia de Marruecos en 1956.

A este respecto, resulta paradójico cómo la literatura española del final del Protectorado, caso de L. A. de Vega (1954: 51), intentó “adormecer” el problema:

— Este año y el año que viene en Jerusalén.

¿Por qué en Jerusalén?... Este año en Tetuán y el que viene en Tetuán también... Porque la vida es dulce en Marruecos, y por eso retornan sus hijos que salen para las tierras del jengibre y de la canela, porque a la sombra del Yebel Dersa y frente al Gorges, hay muchos quince años femeninos que cantan en la fiesta de Esther y lloran el día de Kippur, y muchas bellas manos que amasan las tortas sin sal cuando la festividad del Pessah entra de puntillas por el Bab el Feddam a la Judería.

Yo no encuentro fuera de Berbería mi Jerusalén aunque me incline sobre los planisferios.

Si las anteriores novelas han deparado el interés de un cierto número de lectores, *El tiempo entre costuras* (2009), la primera novela de María Dueñas, se ha constituido en un revulsivo literario de calado. Su autora cumple así una especie de rito iniciático de muchos de los escritores que se han acercado al tema marroquí; también cumple otro de los requisitos casi imprescindibles, el de estar vinculada, por naturaleza o por episodios familiares, al tiempo del Protectorado.

El resumen publicitario de la novela es un apretado muestrario de lo que ofrece un ágil relato recorrido por calculadas dosis de amor, espionaje, glamour, nostalgia, etc., suministradas en el decorado del “exotismo colonial de África”, donde la humilde aprendiz de costurera Sira Quiroga se establece, tras abandonar Madrid —“Una máquina de escribir reventó mi destino...”—, y donde se reinventa una y otra vez, con el telón de fondo de la Guerra Civil.

El convulso periplo de la joven Sira la lleva a instalarse primero en la “mundana, exótica y vibrante” ciudad internacional de Tánger y a continuación en Tetuán. Aquí Sira despierta a la alteridad: le llaman la atención las estampas de “musulmanes con turbantes y chilabas rayadas, y moras cubiertas con ropajes voluminosos que solo les permitían mostrar los ojos y los pies...” (Dueñas: 2009, 92).

En la capital del Protectorado encuentra acomodo en la pensión de “Candelaria Ballesteros, más conocida en Tetuán por Candelaria la matu-tera, tenía cuarenta y siete años y, como ella misma apuntaba, mas tiros pegados que el cuartel de Regulares” (Dueñas: 2009, 93), ubicada en la calle de La Luneta, “estrecha, ruidosa, irregular y bullanguera, llena de gente, tabernas, cafés y bazares alborotados en los que todo se compraba y todo se vendía...” (Dueñas: 2009, 93). En esta pensión trabaja una “dulce muchacha mora”, a la que llaman Camila, que la ayuda a instalarse: “— Señorita, tú no preocupar; Camila lava, Camila plancha la ropa de señorita” (Dueñas: 2009, 97).

A los ojos de Sira, Tetuán queda compartimentado en dos espacios bien diferenciados: el europeo, el ensanche levantado por los españoles, adscrito a la armonía, la calma, el orden y el progreso; y, en contraposición, el “enclave” de la medina recorrida por los olores, las voces y el retraso cultural. Una propuesta sustentada axiológicamente en el artificio del discurso de la representación colonial del orden frente a la anarquía:

El ensanche tetuaní, tan distinto de la medina moruna, había sido construido con criterios europeos para hacer frente a las necesidades del Protectorado: para albergar sus instalaciones civiles y militares, y proporcionar viviendas y negocios para las familias de la Península que poco a poco habían ido haciendo de Marruecos su lugar de residencia permanente... Había orden y calma, un universo del todo distinto al bullicio, los olores y las voces de los zocos de la medina, ese enclave como del pasado, rodeado de murallas y abierto al mundo por siete puertas. Y entre ambos espacios, el árabe y el español, a modo casi de frontera se hallaba La Luneta... (Dueñas: 2009, 153).

En Tetuán, bajo la tutela y la vigilancia constante del inspector Claudio Vázquez, a Sira comienza a sonreírle la fortuna. Su casa de costuras se llena de clientas alemanas, italianas y también de alguna “judía rica, sefardí, hermosa, con su castellano suave y viejo de otra cadencia, *hadreando* con su ritmo melodioso en haketía, con palabras raras, antiguas: *mi wue-no, mi reina, buena semana mos dé el Dio, ansina como te digo que ya te conti* (Dueñas: 2009, 195). De este modo, María Dueñas incorpora en su novela algunos aspectos de la condición de los hebreos en el Marruecos español a través del personaje de “Elvirita Cohén, la hija del propietario del teatro Nacional de mi antigua calle de La Luneta y una de las mujeres más hermosas que en vida he llegado a ver...” (Dueñas: 2009, 213). Esto lo lleva a enterarse de la situación de la importante comunidad sefardí de Tetuán, “españoles por fin de pleno derecho desde que el gobierno de la República accediera a reconocer oficialmente su origen apenas un par de años antes” (Dueñas: 2009, 213).

A la vez que el trabajo asienta a Sira en Tetuán, vive inmersa la guerra civil en una imagen “de ensueño”, como la que ofrece cada viernes la procesión del jalifa, cuando se desplaza para ir a rezar desde su palacio a la mezquita. El texto que recrea esta imagen transmite la agonía republicana con un final tan lacónico como abrupto:

La guerra: tan lejana, tan presente. Del otro lado del Estrecho llegaban noticias por las ondas, por la prensa y saltando de boca en boca. La gente en sus casas, marcaba los avances con alfileres de colores sobre los mapas clavados en las paredes. El único capricho que me permití en esos meses fue la compra de un aparato de radio; gracias a él supe antes de fin de año que el gobierno de la República se había trasladado a Valencia y había dejado al pueblo solo para defender Madrid. Llegaron las Brigadas Internacionales a ayudar a los republicanos, Hitler y Mussolini reconocieron la legitimidad de Franco, fusilaron a José Antonio en la cárcel de Alicante, junté ciento ochenta libras, llegó la Navidad (Dueñas: 2009, 188).

La guerra preocupa a Sira porque no sabe nada de su madre, a la que dejó en Madrid. Esta situación no impide que Sira siga prosperando, siga tomando conciencia de la compleja realidad que la envuelve, mientras transforma su taller en “Chez Sirah. Grand-Couturier” (Dueñas: 2009, 202), nombre que le sugiere su vecino, Félix Aranda, que pule la escasez de instrucción de la costurera:

Supe que España llevaba ejerciendo su protectorado sobre Marruecos desde 1912, unos años después de firmar con Francia el Tratado de Algeciras por el que, como suele pasar a los parientes pobres, frente a los franceses ricos a la patria hispana le había correspondido la peor parte del país, la menos próspera, la más indeseable. La chuleta de África, le decían. España buscaba allí varias cosas: revivir el sueño imperial, participar en el reparto del festín colonial africano entre las naciones europeas aunque fuera con las migajas que las grandes potencias le concedieron; aspirar a llegar al tobillo de Franca e Inglaterra una vez que Cuba y Filipinas se nos habían ido de las manos y la piel de toro era tan pobre como una cucaracha (Dueñas: 2009, 200).

El texto continúa explicando cómo las “cucarachas” se comieron “la chuleta africana”, domeñando, *manu militari*, a sangre y fuego, la resistencia rifeña. Sin embargo, no aclara qué originó lo que denomina “la brutal guerra del Rif” y, por otro lado, ofrece la imagen de que Marruecos —pese a los marroquíes, casi siempre llamados en la novela “nativos”, “indígenas”, o “moros”— se había convertido, de la noche a la mañana, en un crisol cultural y religioso:

No fue fácil afianzar el control sobre Marruecos aunque la zona asignada en el Tratado de Algeciras fuera pequeña, la población nativa escasa y la tierra áspera y pobre. Costó rechazos y revueltas internas en España, y miles de muertos españoles y africanos en la locura sangrienta de la brutal guerra del Rif. Sin embargo, lo consiguieron: tomaron mando y casi veinticinco años después del establecimien-

to oficial del Protectorado, doblegada ya toda resistencia interna, allí seguían mis compatriotas, con su capital [Tetuán] firmemente asentada y sin parar de crecer. Militares de todo escalafón, funcionarios de correos, aduanas y obras públicas, interventores... Familias enteras que atraían a otras familias al reclamo de buenos sueldos y un futuro por construir en convivencia con otras culturas y religiones... (Dueñas: 2009, 200-201).

El relato de la presencia —“impuesta” por la fuerza— de España en el norte de Marruecos adolece en la novela de María Dueñas de perspectiva crítica: no se plantea las preguntas acerca de quién solicitó que España introdujera esas presuntas mejoras que la propaganda oficial destacaba, y a qué coste, para el marroquí, se introdujeron. Eso sí, reconoce de forma explícita que las mejoras introducidas por la impronta colonial tuvo ante todo un objetivo, “satisfacer a la población colonizadora”:

A cambio de su impuesta presencia a lo largo de un cuarto de siglo, España había proporcionado a Marruecos avances en equipamientos, sanidad y obras, y los primeros pasos hacia una moderada mejora de la explotación agrícola. Y una escuela de artes y oficios tradicionales. Y todo aquello que los nativos pudieran obtener de beneficio en las actividades destinadas a satisfacer a la población colonizadora: el tendido eléctrico, el agua potable, escuelas y academias, comercios, el transporte público, dispensarios y hospitales, el tren que unía Tetuán con Ceuta, el que aún llevaba a la playa de Río Martín (Dueñas: 2009, 201).

Respecto de lo que España pudo obtener de su Protectorado, el tono textual de la novela de María Dueñas se muestra paternalista: “España de Marruecos, en términos materiales, había conseguido muy poco: apenas había recursos que explotar” (Dueñas: 2009, 201). En cambio, a renglón seguido, la autora señala que España sí obtuvo de Marruecos,

en términos humanos... algo importante para uno de los dos bandos de la contienda civil: miles de soldados de las fuerzas indígenas marroquíes que en aquellos días luchaban como fieras al otro lado del Estrecho por la causa ajena del Ejército sublevado (Dueñas: 2009, 201).

La vida de Sira da un nuevo giro cuando conoce a la amante del teniente coronel Juan Luis Beigbeder y Atienza, en esos momentos alto comisario de España en Marruecos, y personaje clave en el mantenimiento del jalifa al lado de la sublevación franquista. Rosalinda Fox es descrita con el pincel del *glamour*: “apareció entonces una mujer rubia delgadísima con todo el aspecto de no ser tampoco un producto nacional... Tenía por nombre Rosalinda Fox y la piel tan clara y fina que parecía hecha de papel de envolver los encajes...” (Dueñas: 2009, 207). El perfil que la novela de María Dueñas traza de Beigbeder es el de un

tipo discreto y un tanto solitario... Alto, delgado, adusto. Moreno, repeinado. Con gafas redondas, bigote y pinta de intelectual... suele ir vestido de paisano, con unos

trajes oscuros aburridísimos... Cuentan que es un señor cultísimo, que habla varios idiomas y ha vivido muchos años fuera de España; nada que ver en principio con los salvapatrias a los que por estas tierras estamos acostumbrados... (Dueñas: 2009, 227).

El máximo cargo político del Protectorado queda también caracterizado —por medio de Rosalinda Fox— como “un gran amigo del pueblo marroquí y un apasionado de su cultura...”, que continuamente sostiene que españoles y “moros” son hermanos y que todos los españoles son “moros”.

Este boceto tan positivo del militar colonial queda compensado con la reacción de Sira, cuando reflexiona acerca de lo difícil que le resultaba casar “la idea del hombre encantador y romántico que mi clienta dibujaba con la de un resolutivo alto mando del ejército sublevado...”:

No la interrumpí, pero en mi mente se conformaron imágenes difusas de moros luchando en tierra extraña, ofreciendo su sangre por una causa ajena a cambio de un mísero sueldo y los kilos de azúcar y harina que, según contaban, el ejército daba a las familias de las cabilas mientras sus hombres peleaban en el frente. La organización del reclutamiento de aquellos pobres árabes... corría a cargo del buen amigo Beigbeder (Dueñas: 2009, 247).

Junto a Beigbeder, María Dueñas incluye en su novela otro personaje de fuste en la España franquista del momento: Ramón Serrano Suñer, cuñado del general Franco y todopoderoso ministro del momento, que viaja a Marruecos para conmemorar el aniversario del alzamiento: “Dicen que es un tipo tremendamente brillante, con una capacidad intelectual mil veces superior a la del Generalísimo...” (Dueñas: 2009, 297).

La trama narrativa alcanza sus mejores momentos en este estadio de la novela, cuando Sira Quiroga se encuentra bien establecida y conoce a Marcus Logan, un periodista inglés que llega a Tetuán en busca de una entrevista con Beigbeder. Sira y Marcus coinciden en la recepción ofrecida por Beigbeder a Serrano Suñer. En ella aparece como la cenicienta que no tiene tiempo de mirarse siquiera en el espejo, pero la reconstrucción del pasaje de la recepción es de lo mejor de la novela.

La labor política de Beigbeder en Marruecos queda reconocida con su nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores del nuevo Estado, mientras que Serrano Suñer pasó a Gobernación. La llegada a Madrid del teniente coronel Beigbeder da paso a la parte final de la novela, donde se asiste al despliegue de la ingenua Sira como avezada espía y a la caída de Beigbeder que aparece ahora retratado como un hombre desmadejado y abandonado por la baraka que siempre lo acompañó en Marruecos: “... un Juan Luis roto ya para siempre” (Dueñas: 2009, 624).

6. La guerra en una cabila imaginaria

Un año después de la publicación de *El tiempo entre costuras*, aparece *La kábila de Tzen*, la primera novela del melillense Carlos Santiago (2010), autor de una generación marcada por la nostalgia de la pérdida del Protectorado.

“Amanecía en un lugar perdido de las montañas del Rif. El cuartel permanecía en silencio y el gallo no cantaba”. Es la azora inicial de *La kábila de Tzen*, en la que, con la brumosa historia de las guerras de Marruecos y el penúltimo decenio del Protectorado como telones de fondo, se pone en escena una gavilla de personajes irrepetibles a los que hace deambular por escenarios hipnóticos.

Situada en un lugar sin coordenadas cartográficas, la cabila de Beni Tzen —con la palabra *kábila* escrita así expresamente por el autor, como en los textos coetáneos del Protectorado— es la protagonista de un relato coral por el que desfilan seres antológicos, dominados por su condicionamiento del mestizaje al que están permanentemente sometidos:

— Carmen, *La Rubia*, la inesperada maga de Tzen, capaz de desentumecer a golpe de horno la rigidez mortal del gallo Manolete; su marido, el capitán Luis Ramírez, brusco y delicado como una chumbera en flor, obsesionado por la desaparición en el 21 de su tío el capitán Gumersindo Ramírez, cuya condición de militar está contenida por la mano juiciosa de su mujer:

Carmen le dijo una vez que la gente en general, y sobre todo la que manda, cree que los demás no tienen historia. Que no sufren ni padecen y que están a tu disposición para que les pongas unas riendas y te subas encima. Y eso se termina pagando. Como siempre, su mujer tenía razón y más le valía hacerle caso (Santiago: 2010, 249).

— *Cabomedio*, alias del cojituerto Abderramán Ben Kilali, oriundo de Tzen, el guerrero —dotado de baraka— de todas las batallas, desde Annual hasta el Ebro; y el sargento “Moreno” Bussian.

— El morabito Ben Salam, convencido de que “la noche era otra realidad. El mundo donde vagaban los espíritus” (Santiago: 2010, 171); este hombre santo y sabio, que habita su albo santuario acompañado de presagios y dudas, es también escéptico —“No hay soluciones. Nada es blanco ni negro, todo es gris. ¿Quizás en ese medio tono se esconde la belleza y la verdad de las cosas?” (Santiago: 2010, 171)— y un hombre perplejo ante la inescrutable condición humana:

Con el paso de los años el miedo se convirtió en perplejidad ante la crueldad humana. ¿Qué era peor? ¿Un tigre hambriento acechando la oscuridad o el ver-

dugo esperando una orden para acabar con su víctima indefensa? Ningún monstruo salido de la más horrible de las leyendas podía llegar a ser tan cruel como un ser humano. Y si alguien no ha llegado a pensar esto, o no conoce la historia de los hombres o es un cínico (Santiago: 2010, 176).

Todos estos, y otros personajes —la enigmática Chava, la niña Habiba, tatuada con la geometría de la belleza y la ingenuidad, que el tiempo termina transformando en una avezada empresaria—, están recorridos por una tensión de alto voltaje; pero, si hay que escoger al que encarne la catenaria más electrizante, vale elegir al *Moro Gato*, desnudado por su triple coraza:

— La primera, la de su condición original: el soldado catalán Joan Muné, trasladado desde Tarragona a Melilla y al Rif, una etapa que termina con un lacónico “desaparecido en julio de 1921”.

— La segunda, la de su conversión en el *Moro Gato*, embutido en su nueva piel de renegado que, a escondidas, sobrevive en Tzen haciendo pequeños trucos de magia:

— ¿Yo? —se preguntó Joan— ¿Soy Joan? — Como en la metamorfosis de una oruga, Joan, durante aquellos días, fue transformándose. No le crecieron alas, ni sus brazos se habían estirado ni cambiado de color, pero no era el mismo.

Miró al gato negro que se pasaba las horas a su lado. Recordó que, en el Hospital Militar de Melilla, un día le puso una inyección a un moro muy viejo al que le faltaba una oreja y era muy popular entre la gente. Al ir a inyectarle, tardó diez minutos en despejar el culo de tantos zaragüelles como llevaba puestos. Le llamó la atención su nombre: el “Moro Gato”.

— Yo, el Moro gato —dijo Joan señalando al gato (Santiago: 2010, 154).

En su asilvestrado estado, el *Moro Gato* encuentra, mientras duerme en una cueva, el placer primario y atávico con Aisha Kandisha, trasmutada de serpiente en mujer, acaso un episodio instrumental que Carlos Santiago utiliza como una lectura alegórica de la expulsión del Paraíso. El contacto carnal revive a Aisha Kandisha y la libera de su maldición “honnívora”: “Y, con los dientes clavados en la carne del Moro Gato, sintió el sabor metálico y salado de la sangre de un hombre vivo. Y después de tantos años volvió a abrazar la vida” (Santiago: 2010, 188).

— La tercera, y última trasmigración del otrora soldado catalán y anacoreta forzado, lo convierte en el reputado curandero de Beni Tzen, que se enfrenta a su definitivo estatus en el azogue de las pupilas de Aisha Kandisha: “Él buscó a Joan Muné en el espejo de sus ojos y encontró el triste rostro de un extraño moro. Sintió compasión por él mismo” (Santiago: 2010, 231).

Tras devorar las páginas de la novela, como Aicha Kandisha devora cuerpos de varones, el lector va descubriendo el situacionismo onírico de la cabila de Tzen:

— Ubicada durante más de dos decenios en el limbo del Protectorado, es considerada una tribu levantisca, castigada por los españoles a no existir, aunque, sin ningún pesar, para sus habitantes, que, además, desconocen este hecho: “Pero mi general, los de Tzen no saben que están castigados por lo del veintiuno y ni siquiera saben que pertenecen al Protectorado Español de Marruecos” (Santiago: 2010, 15).

— Es una zona cercana a Midar, a cinco jornadas a pie de Fez, situada en una región montañosa de difícil acceso, permanentemente custodiada por un exótico guardián y sus no menos extrañas cabras.

Con sus atípicos personajes y en el territorio de una cabila imaginaria, Carlos Santiago relata los juegos del destino, que convirtieron en tropas regulares coloniales a los hasta apenas ayer “kabileños enemigos” (Santiago: 2010, 16), mientras que los oficiales españoles “se iban haciendo cada vez más moros y los moros seguían tan moros como siempre” (Santiago: 2010, 14). Este proceso de adaptación no impidió que se generalizara entre los militares y colonos españoles una suerte de psicología colonial, a la que no le tembló el pulso a la hora de considerar “a los colonizados como salvajes e inferiores y que sólo por eso tenían que ser sumisos” (Santiago: 2010, 18).

La respuesta del “otro” lado, la ofrece Carlos Santiago en su novela en la voz de oráculo de Mhamed Abdelkrim, hermano de Mohamed Abdelkrim el Khattabi:

— ¿Salvajes? En esta tierra todos nos llamamos salvajes unos a otros. Los de una kábila a los de la otra, los de un aduar a sus vecinos, un pariente a otro. Y así, querido Abdulá, aunque pasen dos siglos, no conseguiremos la unificación del Rif. Los cristianos siempre tienen en sus bocas esa palabra para hablar del moro y ellos son los más salvajes aunque dicen ser los más civilizados. ¿Hay algo más salvaje que obligar a otros a que piensen como tú y olviden lo que son? (Santiago: 2010, 76-77).

De igual modo, la novela de Carlos Santiago no duda en paquear —a la manera de Dino Buzzatti en *El desierto de los tártaros*— sobre:

... el “enemigo fantasma” que tanto gustaba tener a los españoles cuando no había guerra. Siempre hay que estar atento por si acaso ataca el enemigo. Mirar desde la garita al exterior del cuartel con el rifle cargado esperando la inminente batalla. Toda la noche esperando y el enemigo no viene (Santiago: 2010, 27).

Pero la realidad es que desde el rasero de tortuga de los blocaos se pierde la perspectiva del entorno, mientras que sucede todo lo contrario desde el ojo de halcón de los morabitos. Los primeros, hundidos en la reseca tierra, se agarran al clavo restallante del heliógrafo; a los segundos les basta, desde el otero del cielo, esperar la llegada de la noche.

La kábila de Tzen conjuga así dardos críticos con destellos de humor impagables. Este el caso de la escena en la que al sargento mayor Manzanera se le cae una fila de libros de las viejas estanterías de madera de la Oficina Mayor del cuartel de Midar, que manda el capitán Ramírez:

— Manzanera, ¿está usted bien?

— Sí, mi capitán. Se me han venido encima unos tomos y me he caído de la escalera...

— ¿Qué guerra se le ha venido encima?

— La del 1909, pero sólo la campaña de julio a septiembre.

— ¡Enhorabuena! Es usted de los pocos supervivientes —dijo Ramírez irónico (Santiago: 2010, 15-16).

El humor, al igual que las pinceladas irónicas, ofrece al conjunto del cuadro una verosimilitud que deja atrás el dramatismo patriotero de tantas novelas sobre Marruecos. La humanización —frente a la demonización generalizada entre los españoles— del líder de la resistencia rifeña, señala también el equilibrio narrativo y la perspectiva histórica alcanzada por la novela de Carlos Santiago, en episodios notables, como cuando describe el encuentro apócrifo entre el cojituerto Abderramán y el presidente de la efímera república del Rif:

Abdelkrim lo mandó llamar. Lo recibió bajo una higuera, sentado ante una mesa de escribiente, sobre una esterilla de cáñamo. Hacia el crucigrama del periódico *El Telegrama del Rif*.

Abderramán se cubrió el rostro y se tiró al suelo. No quería mirar al jefe de los Beni Urriaghel a los ojos, no fuera a creer que le iba a echar mal de ojo y culparle de perder la guerra contra los cristianos.

... Bajó la vista al crucigrama. Horizontal: plato típico español, ocho letras.

“Este Abdelkrim parece español” —pensó Abderramán.

... Abdelkrim alzó la mirada y exclamó:

— ¡TORTILLA! (Santiago: 2010, 29).

Esta afortunada digresión, en la que la tortilla representa el Rif, emparedada en un férreo bocado por españoles y franceses, no impide que la novela reconozca, siempre con ese lenguaje peculiar que recorre sus páginas, la cualidad épica de la empresa liderada por Abdelkrim:

... en los pocos años que duró la República del Rif se produjeron más cambios que en cinco siglos. Ni Lenin en un ataque de optimismo hubiera llegado a pensar que era posible una revolución en lo alto de unas montañas peladas del norte de África, con un pueblo empobrecido sometido al ataque de dos potencias coloniales europeas. El empeño en intentar transformar un grupo de tribus mal avenidas en un estado moderno, en cinco años, era mil veces más poderoso que la condena de la historia, de la opresión y de las sequías (Santiago: 2010, 189).

El pulso entre el distanciamiento irónico y la textualidad histórica alcanza en el registro narrativo incluso a las situaciones dramáticas, como

cuando, en la posición de Annual, poco antes de que se produzca su debacle, un capitán critica la irracional actitud de Silvestre: “nuestro general se cree Alejandro Magno en el Reino de los Chumbos” (Santiago: 2010, 96).

Por otra parte, en *La kábila de Tzen* está también presente la denuncia de la corrupción entre los mandos militares del Protectorado que tuvo —entre los coetáneos de las campañas— a Sender y Barea como principales acusadores. En *La kábila de Tzen* se reseña la estampida de carcoma que corroía la columna vertebral del ejército expedicionario:

El grueso del negocio estaba en manos de militares y ricos comerciantes. Los primeros eran pocos pero muy activos. Movían mercancía ilegal mezclada y surtida con el abastecimiento de la tropa y sus conexiones pisaban mármol en Madrid. Se llenaban los bolsillos y, de paso, cubrían de mierda a los demás militares que cumplían con su profesión. Los ricos comerciantes no distinguían el mercado negro del blanco (Santiago: 2010, 53).

Algunos de los clásicos *leitmotiv* de los textos de ficción, pero con base histórica, sobre el Protectorado también están en *La kábila de Tzen*. Al igual que en otras novelas del periodo, en la de Carlos Santiago los diversos tiempos en que se desenvuelve quedan enlazados por un “misterio” irresuelto. En este caso, se enlaza la muerte en 1921 de un capitán español —Gumersindo Ramírez, de Infantería de Ceriñola— con la investigación sobre su paradero que lleva a cabo, veinte años después, su sobrino el capitán Ramírez.

Menos frecuente resulta la categorización dada a los rifeños. *La kábila de Tzen* destaca su valentía —como, por otra parte, es casi un lugar común en la novela española sobre Marruecos—, pero va un paso más allá al señalar que por encima de su condición de combatientes no pueden ser considerados solo soldados sino, sobre todo, guerreros (Santiago: 2010, 14).

Carlos Santiago tampoco olvida incluir en las páginas de su novela a las mujeres del Rif. Describe cómo, durante la guerra, las rifeñas de Tzen, dueñas de la retaguardia, deciden abrir un sencillo local al que llaman el Café de París (Santiago: 2010, 161). Aunque ninguna de ellas ha visto nunca la ciudad del Sena, sí cuentan con Chaba: “Una amazona dura y aguerrida que escribía poesías en francés y pintaba marinas en medio de aquellas montañas desérticas” (Santiago: 2010, 162). Es una imagen de la mujer rifeña muy alejada de la extrema crueldad que le asignó Carmen de Burgos, *Colombine*.

No se ceba Carlos Santiago con descripciones truculentas, sino que utiliza su pluma como el fiel de una balanza que aloja dos platillos repletos de similares cargamentos de violencia:

En su contraofensiva, los españoles conquistaron el Gurugú y fueron avanzando con mucho coste humano. Lo que fueron descubriendo era pura barbarie, una gran orgía de sangre y terror...

En el juego de venganzas tocaba ahora el turno a los españoles, que pagaron con la misma moneda (Santiago: 2010, 195).

En este juego de espejos rotos orillados a uno y otro lado del Mediterráneo que es *La kábila de Tzen*, su autor realiza uno de los pocos reconocimientos explícitos en la narrativa española sobre el Rif a la cultura *amazige*:

Los carceleros españoles observaban cómo la tristeza se apoderaba poco a poco de los cautivos. Los hombres del Rif se autodenominaban en su lengua *imazighen*, que significa hombres libres, y ni entre sus mayores desgracias estaba incluida la cárcel. Ellos pensaban que era más honrosa la muerte que pudrirse entre aquellos cuatro muros (Santiago: 2010, 210).

El final de la novela se escribe con un epílogo surgido desde un nuevo tiempo, quince años después del final del Protectorado, cuando en 1968 el ya comandante retirado Luis Ramírez y su mujer, Carmen *La Rubia*, retornan por una jornada a Beni Tzen. En este viaje de despedida definitiva, encuentran muchas novedades y afrontan caudales de nostalgia entre los viejos conocidos como la hermosa Habiba y su marido, Abderramán. Este viejo guerrero se asemeja a un retorcido acebuche que testimonia el paso de un mundo ya desaparecido, en el que: “Las sombras de los jinetes desesperados en su última carga, se habían disipado hacía mucho tiempo y los estampidos de los fusiles rifeños estaban enterrados en las orejas de los muertos” (Santiago: 2010, 326).

7. Una carta y doce balas

Como señala Ada Castel (2010, 14), a propósito de la recesión de la novela de Luis Leante (2007), *Mira si yo te querré*, en el tejido de este tipo de novelas es fácil encontrarse con todos los recursos del género:

desigualdad social entre los dos amantes; hallazgo inesperado de cartas de amor escondidas durante décadas, con lazo rojo incluido; grandes casualidades que facilitarían un posible reencuentro; secretos indeseados, infidelidades inciertas, suspense a golpe de diálogos, sorpresa de última hora y lo que haga falta.

Esta plantilla tópica encaja bien con la novela de Vicente Gramaje (2011), *Cuando leas esta carta*, primera obra escrita por su autor —médico rural— impulsado por la lectura de un texto sobre lo acontecido en Marruecos en 1921.

Dos registros se entrecruzan en dos planos que recorren de forma simultánea la novela: el presente, que se sitúa en 2009-2010, en el que Víc-

tor, un médico que ha tomado un año sabático tras la muerte de su mujer, se encuentra en Monte Arruit cuando aparecen durante la excavación de una zanja unos restos óseos que resultan ser de españoles de 1921; el pasado, como resultado de la aparición entre estos huesos de una botella lacrada que contiene una carta “perdida en el tiempo” —escrita en la posición de Chamorra, el 27 de julio de 1921, por el capitán Pedro Gimeno Trester a su mujer, Noelia Claramunt Pellicer, que vivía en un pueblo de Teruel.

El encuentro entre Víctor y Claudia, capitán del ejército español, que se desplaza a Monte Arruit desde Melilla para recoger los huesos, marca la trama argumental; la decisión de Víctor de entregar la carta a su destinataria lo lleva a reconstruir su vida al enamorarse de la capitana que se convierte en su compañera de pesquisas.

La perplejidad de Víctor al descubrir en Monte Arruit un retazo de la historia de España que desconocía (un suceso que transcurrió hacía casi noventa años) al igual que el contraste cultural que este hecho representa bien pueden ser generalizados a la opinión pública española actual:

Yo había oído hablar sobre nuestras andanzas en el norte de Marruecos, sobre las guerras de África, el nacimiento de la Legión, y, a grandes rasgos, sabía que las cosas no nos fueron bien por allí; me sonaba también un tal Abd el Krim... Pero poco más. La aventura colonial en el norte de África no era la parte más conocida de la historia de España. De todas maneras me sorprendió el deseo de que los lugareños mostrasen un mínimo respeto hacia las osamentas. Reconozco que era algo irracional, si en España apareciesen restos musulmanes en un cementerio sería extraño que la gente sintiese algo más que mera curiosidad (Gramaje: 2011, 18).

La novela de Gramaje es de las primeras novelas de la guerra de Marruecos que incorpora internet. Lo hace cuando su protagonista Víctor —nombre elegido como homenaje a Víctor Ruiz Albéniz, el *tebib arrumi*, o el médico cristiano— teclea en *Google* Monte Arruit: “La mayoría de las entradas eran breves y se referían a lo mismo, al Desastre de Annual y la masacre... Pinché en varias de las entradas y leí los textos...” (Gramaje: 2011, 81). En internet compra el libro *El Expediente Picasso. Las sombras de Annual* (Gramaje: 2011, 101), que recoge “el trauma para la sociedad española y para su clases política y militar” (Gramaje: 2011, 158) que supuso el desastre de Annual. Las nefastas implicaciones del hecho colonial son relativizadas a través de los diálogos de sus dos principales protagonistas, Víctor y Claudia:

[Víctor] — Eso fue lo que ahora llamamos “explotación de los bienes del Tercer Mundo” Claudia, colonialismo puro y duro, sin más...

[Claudia] — No es tan fácil como parece. Es un error juzgar con los principios morales de ahora lo que ocurrió hace cien años, la sociedad no se parecía en nada a la nuestra y se guiaba por otros valores... (Gramaje: 2011, 258).

Al igual que el texto de Gramaje, la novela de Rafael Martínez-Simancas (2011), *Doce balas de cañón. El sitio de Igueriben*, incorpora dos registros narrativos y dos estratos históricos: el actual —la novela está escrita entre los años 2008 y 2010—, en el que el autor utiliza como hilo conductor el viaje al Rif de Arturo Rodríguez, un experimentado y amoral actor, con el objetivo de contextualizar un posible papel cinematográfico en torno a la figura del comandante Julio Benítez Benítez; y el de julio de 1921, con la defensa y caída de la posición de Igueriben narrada a través de la mirada de Gregorio López Rendilla, un joven soldado del Regimiento de Ceriñola 42.

Esta disposición dual permite al autor enfrentar los ideales de dos épocas y elaborar un discurso —de resonancias senderianas— contrastando las olvidadas figuras de dos héroes atípicos de las campañas de Marruecos —el comandante Benítez y el teniente Luis Casado Escudero, de trágico destino— con la banalidad de la vida contemporánea, centrada en torno a las apariencias, el acomodamiento y el consumo televisivo.

De este modo, los hechos que se narran, como el propio Martínez-Simancas avisa en una nota de autor previa al desarrollo de la trama, están novelados sobre una base histórica y, al contrario de otros muchos textos, intenta un equilibrio entre lo que denomina “el mundo civilizado” y “la barbarie en estado puro” (Martínez-Simancas: 2011, 89). El realismo cinematográfico que impregna las páginas de esta novela —que incluye un álbum fotográfico— lleva a consideraciones críticas hacia los responsables de los hechos de armas del verano de 1921, así como a los constructores del nuevo tejido político español surgido de 1978 que intoxicó a muchos de los fervorosos españoles del régimen franquista con —en expresión del autor— el “extraño virus de la democracia” (Martínez-Simancas: 2011, 105).

En el tema de la campaña impulsada por el general Silvestre desde la Comandancia General de Melilla, Martínez-Simancas hila un discurso crítico con la ocupación colonial que, en boca de los soldados atrapados en las ratoneras de blocaos y posiciones aisladas, supone el planteamiento lúcido de aspectos que señaló magistralmente Ramón J. Sender en *Imán*:

— “lo absurdo de combatir en un territorio que no nos pertenecía” (Martínez Simancas, 2011, 117);

— la presencia en el campo de batalla de un enemigo organizado y no de un simple conjunto de harcas anárquicas (Martínez-Simancas: 2011, 125); la lucidez de que la guerra de Marruecos respondía a intereses de las poderosas clases políticas y económicas españolas: “Los ricos no envían a sus hijos a luchar contra los moros y tampoco quieren leer noticias trágicas, ellos prefieren las novelas ambientadas en París. Los ricos veranean en San

Sebastián y los pobres morimos en los montes del Rif. Éramos soldados pero en realidad éramos campesinos en edad de buscar novia” (Martínez-Simancas: 2011, 179);

— la constatación de que españoles y rifeños responden a la misma fragilidad de la condición humana: “Si nos quitaran la chilaba y el uniforme todos tendríamos el mismo cuerpo e idéntico miedo a la muerte” (Martínez-Simancas: 2011, 179);

— la incompreensión histórica, generadora de un “miedo cerval al *moro*”: “Habíamos estado más de cien años en el territorio que hoy es Marruecos y, sin embargo, nuestras historias habían crecido paralelas pero de espaldas” (Martínez-Simancas: 2011, 193);

— el desconocimiento de la propia historia por parte de los españoles del siglo XXI, incapaces de creer “que tuvimos un papel muy digno en el Rif” (Martínez-Simancas: 2011, 221); etc.

Con estos parámetros, Martínez-Simancas incide en clave narrativa en la secular deriva social española, en un relato en el que resuena muy lejano el estruendo dramático de las últimas doce balas de cañón de los defensores de Igueriben y se diluyen en el olvido histórico los lastimeros ecos de los escasos supervivientes del vía crucis colonial.

8. Cortinas de humo

La actualización del ciclo novelístico escrito por autores que participaron en las campañas de Marruecos, asentados en la trilogía de pacifismo-antimilitarismo-antibelicismo, ofrece nuevas vueltas de tuerca a unos hechos que todavía lastran el emocioario nacional español y condicionan sus relaciones con el vecino marroquí. Es una relación de amor-odio, no tan intensa quizás como la de Francia y Argelia, pero sí tan estigmatizadora como ella. La conmemoración del centenario del Protectorado ha activado nuevamente los resortes literarios, como ya ocurrió en menor medida con el setenta y cinco aniversario de Annual, donde destacó el libro periodístico de Manuel Leguineche (1996). Un texto que sirvió para reactualizar este sempiterno tema entre el gran público, además de abrir el camino a la aparición tres años después de los libros de los historiadores Juan Pando Despierto (1999), *Historia secreta de Annual*, y María Rosa de Madariaga (1999), *España y el Rif: crónica de una historia casi olvidada*.

La abundancia de literatura generada por la aventura colonial, las fuentes narrativas *per se* deben ser tenidas en cuenta por la investigación marroquista como fuentes complementarias en el desarrollo de los relatos histo-

riográficos, antropológicos, culturales, etc. En efecto, no es menospreciable la producción creativa generada por el tiempo del Protectorado y sus secuelas. En torno a esta cuestión hay una pléyade de escritores cuyas producciones pertenecen al campo de la ficción, pero que proclaman en sus obras un fundamento histórico dotado de verosimilitud. En la nómina de estos autores están enumeradas las novelas que han cercado el redil del imaginario español sobre África, con Ramón J. Sender a la cabeza, pero también la narrativa más reciente, con Lorenzo Silva, Ignacio Martínez de Pisón, Antonio Abad, Carlos Santiago, Rafael Martínez-Simancas, Marían Izaguirre y María Dueñas, entre otros. En estos textos —que encierran los paradigmas fundacionales de la literatura colonial española contemporánea— se confunde historia y sentimentalidad en una nebulosa memorial que envuelve la percepción de las relaciones hispano-marroquíes con un enfoque que es necesario valorar.

Esto se resume en el carcomido discurso del “miedo al moro” que sintetiza las imágenes del *idearium* recogido en forma de brutales tropos en la bibliografía colonial. Es un sustrato discursivo que reactualiza desde hace siglos, como un bucle interminable, el temido cíclico retorno del “moro” en la historia de España desde la Reconquista hasta la era contemporánea. Es en este último periodo donde se produce el legado nuclear de las campañas africanas y la guerra civil, reactualizado años después en las migraciones de las últimas tres décadas, los contenciosos territoriales (caso en 2002 del islote de Perejil o Leila), el discurso marroquí que reivindica la entrega de las ciudades “ocupadas” de Ceuta y Melilla, el terrorismo “islámico”, etc.

Estos son algunos de los fonemas de la gramática colonial, cuyas páginas pueden ser interpretadas con la levedad que otorga el tiempo transcurrido, pero con la preocupación de observar a veces la fuerza de su vigencia. Estas son las cortinas de humo —“humo de lecturas” las llamó el joven R. J. Sender (1992, 94)— que siguen impidiendo conocer el significado de la presencia española en el norte de África, conformando un desentendimiento crónico que afecta a las relaciones entre españoles y marroquíes.

La producción bibliográfica denota, por otra parte, que siguen vigentes los mismos campos de interés suscitados en los años veinte y que bajo otros ropajes permanece de alguna forma la agri dulce sensación derrotista y heroica vinculada a la rota de Annual que, para la sociedad española, sigue siendo considerada eufemísticamente un “desastre” accidental y que, por tanto, no afectó a una lectura crítica de la “imbatibilidad” del Ejército español.

Por ello, y por otras razones, he elegido unas novelas que aportan innovaciones formales y de contenido y que apuestan por anular la cartogra-

fía de la incompreensión: una escritura ágil, decidida y comprometida con el lector del siglo XXI.

Bibliografía

AA.VV.: *Abd el-Krim et la République du Rif. Actes du colloque international d'études historiques et sociologiques 18-20 janvier 1973*, París: François Maspero, 1976.

ABAD, A.: *Quebdani: el cerco de la estirpe*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, 1997; Barcelona: Edicions 29 (ed. francesa: *Quebdani: Chronique d'une vengeance*, París: LHarmattan, 2007).

AYERRA, R.: *Metropol*, Barcelona: 1982.

BAREA, A.: *La forja de un rebelde*, Buenos Aires: Losada, 1951 (reed. Madrid: Turner, 1977).

BAYÓN, M.: *Plaza de soberanía*, Madrid: Mondadori, 1989.

BENDAHAN, E.: *Deshojando alcachofas*, Madrid: Seix Barral, 2005.

Déjalo, ya volveremos, Madrid: Seix Barral, 2006.

BOUISSEF REKAB, M.: *El dédalo de Abdelkrim*, Granada: Port-Royal, 2002.

BUENAVENTURA SÁNCHEZ PAÑOS, R.: *El año que viene en Tánger*, Madrid: Editorial Debate, 1998.

CABELLO, E.: *La cazadora*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, 1995.

— *Alizmur*, Barcelona: Meteora, 2000.

CARRASCO GONZÁLEZ, A. M.: *La novela colonial hispanoaficana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*, Madrid: SIAL ediciones, 2000.

CASTEL, A.: "Amor entre saharauis", *Culturas/s La Vanguardia*, 1 de diciembre de 2010, p. 14.

CASTRO MAESTRO, Á.: *El porvenir del olvido*, Madrid: Hebraica, 2009.

CHOUKRI, M.: *El pan desnudo*, Barcelona: Montesinos, 1982.

CIGES APARICIO, M.: *Entre la paz y la guerra: Marruecos*, Madrid, s. n., 1912.

DÍAZ-FERNÁNDEZ, J.: *El blocao. Novela de la guerra marroquí*, Madrid: Historia Nueva, 1928.

EL HACHMI, N.: *L'últim patriarca*, Barcelona: Planeta Editorial, 2008.

ESSOUNANI, D.: *De Madrid a Tetuán. Una tendencia narrativa antibélica sobre Marruecos (1905-1980)*, Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Cultura. Dirección General de Promoción Cultural, 2000.

ESTEVA, J.: "Al final del Orientalismo. Entrevista a M. Choukri", *Fundamentos de Antropología*, Granada, 1996, núm. 4-5, pp. 94-101.

El Expediente Picasso: las sombras de Annual, Madrid: Almena, 2003.

FERRÀ I MARTORELL, M.: *Abdallah Karim, el predicador*, Palma de Mallorca: Editorial Moll, 2005.

FORTES, S.: *Fronteras de arena*, Madrid: Espasa Calpe, 2001.

GAYA NUÑO, J. A.: *Historia del cautivo. Episodios Nacionales*, México: Imp. Venecia, 1966 (reedición en GAYA NUÑO, J. A.: *Obras completas...*, Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1999-2000, 2 vols).

GIL RUIZ, S.: *El cañón del Gurugú* (novela), Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, 1992.

- GÓMEZ ARCOS, A.: *Marruecos*, Madrid: Mondadori, 1991.
- GONZÁLEZ, F.: *Kábila*, Madrid: Debate, 1980.
- GOYTISOLO, J.: *Reivindicación del conde don Julián*, México: Edit. Joaquín Mortiz, 1970.
— *Crónicas sarracinas*, París: Ruedo Ibérico; Madrid: Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1982.
- GRAMAJE, V.: *Cuando leas esta carta*, Barcelona: Destino (1ª. ed. Círculo de Lectores, 2011), 2012.
- INIESTA GARCÍA, S.: *Pie negro. Los españoles en la guerra de Argelia*, Barcelona: Bru-guera, 1974.
- IZAGUIRRE, M.: *El león dormido*, Sevilla: Algaida, 2005.
- KARROUC, L.: *De Nador a Vic*, Barcelona: Columna Edicions, 2004.
- LALANA, F.: *Morirás en Chafarinas*, Madrid: SM, 1990.
- LEANTE, L.: *Mira si yo te querré*, Madrid: Alfaguara, 2007.
- LÓPEZ BARRANCO, J. J.: *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marrue-cos (1859-2005)*, Madrid: Marenostrom, 2006.
- LÓPEZ GARCÍA, D.: *El bloqueo y el Oriente: una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*, Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1994.
- LUKÁCS, G.: *Historia y conciencia de clase*, México: Grijalbo, 1969.
- MADARIAGA, M. R. de: *España y el Rif, crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma-UNED, 1999.
- MARÍAS, F.: *El vengador del Rif*, Madrid: Anaya, 2001.
- MARTÍN, M.: *El colonialismo español en Marruecos, 1850-1956*, París: Ruedo Ibérico, 1973.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, I.: *Una guerra africana*, Madrid: Ediciones, 2000.
- MARTÍNEZ-SIMANCAS, R.: *Doce balas de cañón. El sitio de Igueriben*, Madrid, Algaida, 2011.
- MIRANDA, J. A.: *Ulad Mlilia*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autó-noma, 1998.
- MOGA ROMERO, V.: *La cuestión marroquí en la escritura africanista. Una aproximación a la contribución bibliográfica y editorial española al conocimiento del norte de Marruecos (1859-2006)*, Barcelona: edicions Bellaterra, 2008.
- MUÑOZ LORENTE, G.: *Ramito de hierbabuena*, Barcelona: Plaza y Janés, 2001.
- NOEL, E.: *Notas de un voluntario. Guerra de Melilla. 1909*, Madrid: Imprenta de Pri-mitivo Fernández, 1910.
- *Lo que vi en la guerra. Diario de un soldado*, Barcelona, La Neotipia, 1912.
- PANDO DESPIERTO, J.: *Historia secreta de Annual*, Madrid: Temas de Hoy, 1999.
- PROUS I VILA, J. M.: *Cuatro gotas de sangre. Diario de un catalán en Marruecos*, Barcelo-na: Barril Barral editores, 2011.
- SANTIAGO, C.: *La kábila de Tzen*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma-UNED; Ceuta: Archivo General de Ceuta, 2010.
- SENDER, R. J.: “Marte y el general”, *La Libertad*, 17 de diciembre de 1923, p. 1. Artícu-lo recogido en SENDER, R. J.: *Proclamación de la sonrisa. Ensayos*, Zaragoza: Prensas Uni-versitarias de Zaragoza; Departamento de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno

de Aragón; Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses; Teruel: Instituto de estudios Turolenses, 2008, pp. 195-199.

— *Imán*, Madrid: Cénit, 1930.

— “Una hoguera en la noche”, en *Ramón J. Sender. Literatura y periodismo en los años veinte*, 1992, pp. 83-143 (editado anteriormente como *Una hoguera en la noche (bajo el signo de Aries)*, Barcelona: Destino, 1980).

SILVA, L.: *El nombre de los nuestros*, Barcelona, Destino, 2001.

— *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos* Barcelona: Destino, 2001.

— *Carta blanca*, Madrid: Espasa-Calpe, 2004.

TESSAINER Y TOMASICH, C.: *El árbol del acantilado. Donde sefardíes y españoles se encontraron*, Málaga: Sarría; Ceuta: Archivo Central, 2006.

VARGAS GONZÁLEZ, A.: *La guerra de Marruecos en la literatura*, Málaga: Algazara, 2001.

VÁZQUEZ, Á.: *La vida perra de Juanita Narboni*, Barcelona: Planeta, 1976.

VEGA, L. A. de: *El barrio de las bocas pintadas*, Barcelona: Luis de Caralt, 1954.

WOOLMAN, D. S.: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*, Barcelona: Oikos-Tau, 1971 (1ª ed., California: Stanford University Press, 1968).